

CRITICA DE TEATRO

Hay Que Ver "Cinema Utoppia"

La actual puesta en escena de "Cinema Utoppia", de Ramón Griffero, es un espectáculo atractivo, en el que los elementos formales son ricos y variados, las interpretaciones han sido trabajadas finamente y los sentidos fueron expuestos con claridad.

En 1985, esta obra fue un ejemplo de resistencia cultural y operó como válvula de escape. Además, confirmó que para entender la obra de Griffero no bastaba con tener en cuenta los elementos de la puesta y desmenuzar el texto: había que plantearse ante la utilización del espacio escénico, vincular los climas teatrales conseguidos con el momento histórico y la atmósfera civil donde el hecho teatral se desarrollaba.

Es verdad que el país de 1985 era distinto al de ahora. De hecho, El Trolley, donde debutó "Cinema Utoppia", era casi un teatro clandestino; los títulos en cartelera eran pocos, y la expresión artística (la teatral en particular) era considerada subversiva. Por lo mismo, esta obra fue una especie de acontecimiento cuyo valor se comunicó de boca en boca. Los *mass media* no pudieron sustraerse tampoco al impacto, ya que se hablaba de detenidos desaparecidos, de exiliados, de realidades marginales incómodas, de droga y homosexualismo. También se hablaba de amor.

Hoy Chile es distinto, pero sólo en algunos aspectos. Los insistentes discursos gubernamentales dicen que la expresión artística viaja a ser elemento capital de la evolución, y la cultura parece advertirse ya no como "parte del desarrollo" sino como

única posibilidad del mismo.

CARNE DEL CHILE DE HOY

Hace unos días, Ramón Griffero dijo a través de la prensa que, a la luz de estos nuevos tiempos, "Cinema Utoppia" era más bien una gran historia de amor". Pero al enfrentarse a esta puesta no se puede pretender sólo eso. Es cierto que las dolorosas visiones acerca del amor llegan al espectador de manera entrañable, pero todo lo demás también está ahí, aunque quizás sin la inquietud de entonces. Cada uno de los aspectos abordados son carne del Chile de hoy y, en muchos casos, herida sangrante. Por más, la concreción del empuje cultural persiste como *utoppia*.

Por lo tanto, la película que observan los espectadores del cine Valencia no es una cinta del pasado. Por el contrario, tal como les sucede a los personajes-espectadores —que situados en los años cuarenta ven una trama futurista—, el público real se vuelve a enfrentar a temas que no terminan, que no están cerrados y que preocupan. En "Cinema Utoppia 2000", Chile asiste a su pasado-presente-futuro con menos horror, pero todavía con dolor y sin mucha esperanza.

El "énfasis pasional" de Griffero, sin embargo, no resulta positivo, porque el mundo interno de los personajes descritos es consecuencia de su mundo civil. La constatación unívoca de la soledad y las distintas maneras como los personajes se evaden o tratan de aferrarse a algo de manera desesperada son extensiones de una

ruptura macro que nunca está en segundo plano.

La caricatura, la pose y el gesto prolongado viven detrás de los clientes habituales del cine Valencia. En cambio, en la película misma, las actuaciones son más realistas, salvo en el papel de Paulina Urrutia, suerte de fantasma cuyo recuerdo atormenta a Sebastián (Cristián Lagreze). Esta diferencia, aparte de los dos planos en que se desarrolla la acción, pone al público en constante juego con la realidad teatral, ya que no sólo ambos espacios se subdividen y mezclan sino también los estilos de actuación. A eso Griffero añade un ritmo cinematográfico y elementos propios de cine. Primeros planos, imágenes en paralelo y la persistencia de la doble realidad conforman un espectáculo complejo, espléndidamente resuelto en términos de claridad expositiva.

El cine dentro del teatro e incluso el cine dentro del cine (en la película se filma a su vez una película) jamás hace que "Cinema Utoppia" pierda su carácter teatral. Griffero también consigue una impronta de gran espectáculo más elaborada que en la primera versión (las mejores posibilidades económicas están a la vista).

Las actuaciones son lideradas por Verónica García-Huidobro (Mariana), una gran actriz capaz de llevar adelante un personaje sin texto. Ella domina a tal punto su papel y ha desarrollado con tanto detalle su gestualidad que nunca se la puede perder de vista y hasta se la extraña cuando no está en escena. Además, hay tanta



Los personajes de "Cinema Utopia" sufren la falta de amor inmersos en un medio hostil. En la foto, Marcelo Alonso (Arturo) y Catalina Guerra (Estela).

J.F. SOMALO

ternura y pureza en su mongólica Mariana, que no sólo conquista el escenario sino también el corazón. Verónica García-Huidobro sentencia que no sólo hay que aprender a escuchar las palabras sino su canto, que puede ser tanto o más expresivo.

Notables aportes hacen Pablo Schwarz, Acomodador ágil y multifacético, que debe encauzar mejor su exigida y riesgosa entrega vocal; Margarita Barón, en su Señora de patética decadencia social y anímica; Pedro Vicuña, en la soledad terrible de su Señor

del Conejo, y Paulina Urrutia, Ella de desplazamientos suaves y amplios. Efectivo pero no conmovedor es el Sebastián de Cristián Lagreze; y resuelto con sutileza, el difícil personaje de Esteban (Carlos Díaz), mientras que Agustín Moya hace reír con la exuberancia y las urgencias de su Propietario.

Marcelo Alonso convence en la permanente postura de héroe-galán de Arturo, aunque los rasgos de debilidad del papel no están más que esbozados, y algo parecido sucede con la Estela de

Catalina Guerra, todavía sin la fluidez necesaria. Sin relieves, el Prostituto de Cristián Soto.

Dos momentos para destacar: el inicio con esas imágenes de la inolvidable Anita González y la coreografía de *musical* que abordan los personajes sin que ninguno pierda su esencia.

Juan Antonio Muñoz H.

"Cinema Utopia".— Sala San Ginés (Mallinkrodt 76). Jueves, viernes y sábados, a las 20:30 horas; y domingos a las 19:00.